

Homilía - Catedral Metropolitana - 17 de junio de 2017

Queridos hermanos:
Nos hemos reunido para celebrar con gozo y gratitud en este día la presencia de Jesucristo en el Santísimo Sacramento de la Eucaristía. Nuestra presencia es una respuesta, es un sí de fe y de amor a quién ha venido para darnos su vida, para quedarse con nosotros y caminar juntos. ¡Cuántos signos de fe y de conversión vemos en nuestra gente, especialmente en los jóvenes, frente a la presencia de Jesús en la Eucaristía! Así quiso quedarse, así lo reconocemos y adoramos. Él es nuestra riqueza y nuestra identidad Católica. Parecería que a esta realidad tan honda, tan permanente y cercana la vamos descubriendo de una manera nueva. Me atrevería a decir que el despertar de la devoción eucarística se nos presenta hoy como un signo de nuestro tiempo. En ella, la dimensión religiosa del hombre encuentra una verdad que buscaba.

Este año queremos decirle: **Jesús, alimenta nuestra esperanza**. En este lema, al tiempo que expresamos nuestra fe en su presencia, reconocemos nuestra condición de criaturas con su dignidad y grandeza, pero también con su fragilidad y necesidad de ser acompañada. Vivir con

fe esta realidad de nuestro caminar es un signo de sabiduría, es un don del Espíritu, que nos introduce en la verdad profunda de lo que somos. Es volver a decirle con los primeros discípulos en el camino de Emaús:
“Señor, quédate con nosotros”
, (Lc. 24, 29), te necesitamos. Con ello reconocemos nuestra condición de peregrinos, pero lo hacemos con la certeza de seguir un camino que Él ya ha abierto con su Pascua y lo sigue haciendo junto a nosotros. Él nos precede, no caminamos solos. Esta es nuestra alegría y nuestra confianza que hoy nos ha congregado como Iglesia.

